

82/3  
B.

PQ 2157

1033

866



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de Ramon Ortega, Cocinas, 1.

Á ROSSINI.

Mr. de Manerville padre, era un honrado gentil-hombre normando, muy amigo del mariscal Richelieu, quien, durante su gobierno en la provincia de Guiena, le hizo casar con una de las mas ricas herederas de Burdeos. El normando vendió sus posesiones de Bessin y se hizo gascon seducido por la belleza del castillo de Lanstrac, deliciosa morada que pertenecia á su muger. Durante los últimos dias del reinado de Luis XV compró el cargo de mayor de guardias, y vivió hasta 1813, siendo felizmente respetado por la revolucion. Hé aquí el por qué.

Hacia fines del año 1790 marchó á la Martinica llamado por algunos negocios, y confió la administración de sus bienes á un honrado escribiente ó pasante de notario llamado Mathias, partidario acérrimo de las ideas de progreso. A su vuelta, el conde de Manerville encontró sus propiedades intactas y admirablemente administradas. Aquella destreza era fruto producido por el injerto del gascon con el normando. Mad. de Manerville murió en 1810. Entonces el conde, como muchos viejos, dió en ser económico, y hasta avaro y sórdido. No pensó que el afán de ahorrar de los padres prepara la prodigalidad de los hijos, y aun no teniendo mas que uno, Pablo, nególe casi hasta lo necesario.

Pablo de Manerville, salido del colegio de Vendoma el año 1810, sufrió el yugo paterno durante tres años. La tiranía que ejerció sobre su heredero un viejo de setenta y nueve años, influyó necesariamente en un corazón y un carácter no formados del todo. Sin faltarle aquel valor físico que es propio de todos los gascones, Pablo no se atrevió á luchar contra

su padre y perdió la facultad de resistencia que es lo que engendra el valor moral. Sus sentimientos se replegaron al fondo de su corazón sin manifestarlos durante largo tiempo: mas tarde, cuando les vió en desarmonia con las máximas del mundo, quizás pensó bien y obró mal. Se hubiera batido por una palabra, pero temblaba ante la sola idea de despedir á un criado: su timidez vencía siempre en los combates que requieren una voluntad constante. Capaz de grandes cosas por evitar la persecucion, ni se atrevia á prevenirla con una oposicion sistemática, ni á afrontarla con sus fuerzas. De imaginacion cobarde, pero osado en sus acciones, conservó durante largo tiempo ese secreto candor que convierte al hombre en víctima, y juguete voluntario de ciertas cosas contra las cuales algunas almas temen sublevarse, prefiriendo el sufrimiento á la queja. Vióse aprisionado en el viejísimo palacio de su padre sin gozar ninguno de los placeres propios de los jóvenes de su edad, porque no tenia bastante dinero para pagarlos. Su anciano padre le llevaba consigo de paseo todas las tardes en

un antiguísimo carruaje tirado por dos rocines, acompañado por viejos lacayos mal vestidos, concurriendo á la vuelta á una reunion de legitimistas, compuesta de rectos de la nobleza parlamentaria y de la nobleza de espada. Reunidas estas dos noblezas despues de la revolucion para contrarestar la influencia imperialista, habíanse trasformado en una aristocracia territorial. Chafados por las poderosas y crecientes fortunas de las ciudades marítimas los nobles *pur sang* de Burdeos, solo contestaban con su desden al fausto y lujo que entonces desplegaban el comercio, la administracion y el militarismo. Demasiado jóven aun para comprender las distinciones sociales y las necesidades ocultas bajo la aparente vanidad que crean, Pablo se aburría entre aquellos viejos, ignorando que aquellas relaciones de su juventud le asegurarian mas tarde esa preeminencia aristocrática tan querida siempre por Francia. Apenas compensaban la monotonía de tan tristes noches, algunos ejercicios propios de la juventud, que su padre le imponía. A juicio del viejo gentil-hombre lo que constituía á un

perfecto caballero, era poseer elegantes maneras, saber manejar las armas, ser escelente ginete, el juego de pelota, en fin, la frívola instruccion de los señores de los tiempos antiguos. Pablo se ejercitaba todas las mañanas en el manejo de la espada, iba al picadero y tiraba á la pistola. El resto del tiempo lo empleaba leyendo novelas, pues su padre era refractario á los estudios de trascendencia, con los cuales se termina hoy la educacion. Esta vida tan sedentaria é invariable hubiera matado á nuestro jóven si el fallecimiento de su padre ocurrido en el apogeo de su tiranía no hubiese roto las cadenas de su esclavitud, cuando ya le era insoportable. Pablo encontró capitales considerables acumulados por la avaricia paterna y sus propiedades rústicas en estado brillantísimo; pero odiaba á Burdeos y no gustaba mucho mas de Lanstrac, adonde su padre iba con él á pasar el verano haciéndole cazar mañana y tarde.

Así que estuvieron arreglados los negocios de la herencia, el jóven, ávido de goces, compró rentas con sus capitales, y confiando la

administracion de sus bienes al viejo Mathías, notario de su padre, permaneció durante seis años alejado de Burdeos. Agregado al principio á la embajada de Nápoles, fué despues secretario de la de Madrid y Lóndres, dando así la vuelta á Europa. Despues de conocer el mundo, despues de haber visto desvanecerse muchas de sus ilusiones, cuando hubo disipado los capitales en efectivo que su padre habia amontonado, llegó un momento en que para continuar en aquel género de vida, Pablo se vió precisado á recurrir á las rentas de sus posesiones que su notario habia acumulado. En aquel momento crítico, dominado por una de esas ideas pretendidamente discretas y cuerdas, quiso abandonar á Paris, volver á Burdeos, manejar sus negocios, vivir con economía, mejorar sus posesiones, casarse y llegar un dia á ser diputado. Pablo era conde, su nobleza debia hacerle aspirar á un buen matrimonio. Si no son pocas las mugeres que desean ser esposas de un noble, muchas mas todavia son las que quieren un hombre práctico en la ciencia de la vida. Pablo habia adquirido este título,

preferible al cargo de agente de cámbios, por setecientos mil francos; título que no se vende, que exige largos estudios, exámenes de prueba, vastas relaciones, amistades, odios, talle esbelto, elegantes maneras y un nombre armonioso: título que requiere envidiados triunfos, duelos, apuestas perdidas en las carreras de caballos, decepciones, hastío y abundancia de frivolos placeres. Era, en fin, un hombre elegante, pero á pesar de sus locas prodigalidades nunca pudo llegar á ser un hombre á la moda. En el burlesco ejército de las gentes de sociedad la reputacion de hombre á la moda equivale á la dignidad de capitan general; la de hombre elegante solo representa á un teniente general. Pablo gozaba reputacion de elegante y sabia sostenerla. Sus criados lucian magníficas libreas, sus carruajes eran lujosos, sus banquetes atraian regular número de hombres de tono, en fin, su querida era contada entre las siete ú ocho cuyo fausto igualaba al de las mejores casas de Paris. Pero aun no habia hecho desgraciada á ninguna muger, no perdía cuando jugaba y su fortuna carecia de esplendoroso

brillo: era incapaz de engañar á nadie, hasta á una niña; no propalaba sus billetes amorosos, ni poseía un cofrecito en donde guardarlos, al alcance de la mano de un amigo, que embebido en este dulce entretenimiento, tenía á bien aguardarle, mientras él se hacia afeitarse ó se ajustaba el cuello: no habia decentado sus posesiones de Guiena ni tenía acreedores, siendo él en cambio de muchos á quienes llamaba amigos y que despues ni tan solo se acordaban de él. Parecia que establecia limites á su desorden. El secreto de su conducta estribaba en la tiranía que con él egirió su padre. Una mañana, pues, dijo á uno de sus amigos llamado el marqués de Marsay, nombre que despues fué muy ilustre:

—Amigo mio, la vida tiene un objeto.

—Necesario es que tengas veintisiete años para comprenderlo, contestó irónicamente Marsay.

—Precisamente á causa de mi edad es por lo que deseo retirarme á Lanstrac.—Viviré en Burdeos, á donde haré trasportar todos mis muebles de aquí, en el viejo palacio de mi

padre, y vendré á pasar en París los tres meses de invierno. Esta casa la conservaré.

—¿Y te casarás?

—Me casaré.

—Bien sabes, Pablo, que soy amigo tuyo, dijo Marsay despues de un corto silencio: pues bien, sé buen padre y buen esposo y estarás en ridiculo toda tu vida. Si pudieras ser feliz, casi casi merecia tu idea alguna consideracion, pero tú nunca serás dichoso. No tienes bastante génio para el matrimonio. Soy justo; eres un caballero perfecto: nadie monta como tú á caballo: nadie como tú te obliga á hacer graciosas corvetas y encabritarse, sin perder el aplomo, pero amigo mio, la muger propia es algo mas dificil de manejar que un caballo. Me figuro ya verte gastando profusamente con la condesa de Manerville, obligado á tu pesar, á caminar á galope con mas frecuencia que al trote, y quizás á perder los estribos... ¡oh! pero de tal manera, que una vez caido te será imposible recobrarte. Oye bien. Tus fincas te producen una renta de mas de cuarenta mil libras. Llévate tus caballos, tus criados, amue-

bla tu palacio de Burdeos, allí serás el rey: allí decretarás lo que nosotros tengamos á bien hacer público en París, serás el corresponsal de nuestra estupidez. Haz mil locuras en provincias, tontea si quieres, lograrás fama acaso, pero... no te cases. ¿Quiénes se casan hoy? Los comerciantes con la mira de acrecentar su caudal ó por tener á alguien que le ayude á tirar del carro, los labradores que desean convertirse en fabricantes, los agentes de cambio ó los notarios obligados á pagar sus respectivos empleos, los reyes, para evitar la estincion de su raza. ¿Pero nosotros? A nosotros no nos comprende la regla; ¿por qué has de querer encadenarte? ¿qué razones te impulsan al matrimonio? debes participarlas á tu mejor amigo. Además, aunque te casases con una heredera tan rica como tú, no es lo mismo una renta de ochenta mil francos para dos, como cuarenta mil para uno solo, y la razon es sencilla; aquellos dos pueden muy bien convertirse en tres, cuatro ó mas si tienes hijos. ¿Por ventura estarás enamorado de la tonta raza de los Manerville, que no te causaria quizás mas

que enojos? ¿Ignoras el oficio de padre y madre? El matrimonio, amigo Pablo, es el mas tonto de los sacrificios sociales: y si dá algun fruto, solo nuestros hijos lo aprovechan, desconociendo su precio hasta el dia en que apacientan sus caballos con las flores nacidas sobre nuestras tumbas. ¿Experimentas alguna pena al recordar á tu padre, al que te robó á la juventud? ¿Qué harías tú para hacerte amar por tus hijos? El cuidado de su educacion, de su felicidad, tus severidades necesarias te harian aborrecible á sus ojos. Los hijos aman á un padre pródigo ó débil para despreciarle mas tarde; así es, que solo podrias esperar el odio ó el desprecio. No todo el que quiere es buen padre de familia. Fijate en nuestros amigos, y di, ¿á cuál de ellos querrias por hijo? Los hijos, querido, son mercancías muy difíciles de cuidar: pero yo quiero concederte que los tuyos sean ángeles. ¿Has sondeado ya el abismo que separa la vida del hombre casado de la del soltero? Escucha. Soltero, puedes decir, «Mi ridiculo no llegará sino hasta donde yo permita, nadie pensará de mí sino lo que yo quiera.

Casado, caerás en lo infinito del ridículo. Soltero, te tomas la libertad que quieres. Casado, tomas la que te dan. Casado, te vuelves astuto, calculador, hablas de moral pública y religiosa, y hallas inmoral y peligrosa á la juventud; en fin, te conviertes en un académico social. Me das compasion. El viejo soltero cuya herencia es esperada con ánsia y que brega al exhalar su último suspiro con la despiadada enfermera, á quien en vano pide un vaso de agua, es dichoso si se le compara con un hombre casado. Y eso que no menciono las importunidades, ódios, enojos, tiranía, hastío que respiran siempre las disputas entre dos seres á quienes une indisoluble lazo, anudado por ellos para su mútua felicidad: no, esto seria recitar la sátira tan sabida de Boileau. Te permitiría la idea del matrimonio si me prometieses casarte á lo gran señor, instituir un mayorazgo con la fortuna, aprovechar la luna de miel para tener dos hijos legítimos, y separarte despues buenamente de tu muger sin encontrarte con ella mas que en algun aristocrático salon. Basta para esto una renta de doscientas mil libras, á

la que muy bien puedes aspirar si buscas á una inglesa millonaria y ansiosa de título. ¡Oh! esta vida aristocrática es la verdaderamente francesa, la única grande, la que hace á un hombre digno de respeto: la amistad de una muger nos haria preciosos para la actual sociedad, es el único motivo, en fin, que debe impulsar al hombre á dejar la vida de soltero. Si esto hicieras, serias el modelo de tu época, y te elevarias á una altura que no podrias menos de aspirar á ser ministro ó embajador. Los tiros del ridículo no te alcanzarian y habrias conquistado las ventajas sociales del matrimonio sin haber perdido los privilegios del soltero.

—Pero, amigo mio, yo no soy el marqués de Marsay, sino sencillamente como hace poco lo has dicho, Pablo de Manerville, buen padre y buen esposo, diputado del centro y quizás par de Francia, destinos ambos algo medianos: pero soy modesto y me resigno.

—Pero ¿se resignará tu mujer? dijo el implacable Marsay.

—Mi muger hará lo que yo le mande.

—¡Ah pobre amigo mio! eso crees? Adios Pablo. Desde hoy te rehusó mi amistad. Una palabra aun, porque no quiero ceder tan friamente á tu empeño. Un soltero, aunque no tuviese mas que seis mil francos de renta, aunque no le quedase mas que su reputacion de elegante y el recuerdo de sus triunfos... este soltero, esta sombra fantástica tendria aun un inmenso valor intrínseco, la vida aun seria para él de color rosado, podria aspirar á todo. Pero el matrimonio, Pablo, es el *non plus ultra* social. Casado, te será imposible avanzar un paso á no ser que tu esposa se digne ocuparse de tí.

—Pero, dijo Pablo, ¿por qué ~~has~~ de concurrir en mi todo ese escepticismo? Estoy cansado de vivir para los demás, de poseer caballos tan solo para enseñarlos y hacer alardes de lujo por el *qué dirán*. Me fastidia el tener que arruinarme tan solo para evitar que los tontos digan «Pablo no cambia de carruaje, ¿qué hace de su fortuna? Se la come. ¿Juega á la Bolsa? No, es millonario. Mad. de X. está loca por él. Encargó á Inglaterra un tronco que de seguro es

el mas soberbio de Paris. Se han admirado en Longchamps las magníficas carretelas de cuatro caballos de Mrs. de Marsay y de Manerville. En fin, mil tonterias, pasto sabroso de las conversaciones de una gran masa de imbéciles. Además, tambien empiezo á conocer que esta vida nos gasta y envejece. Créeme, querido Enrique, admiro tu lógica, pero no la envidio: tú lo juzgas todo, obras y piensas como un hombre de Estado, vas mas allá de las leyes generales, de las ideas modernas, de las preocupaciones admitidas, de las conveniencias adoptadas, en fin, percibes los beneficios de una situacion que no tendria para mí mas que desdichas. Tus deducciones, frias, sistemáticas, reales quizás, no son á los ojos del vulgo sino consecuencia de una espantosa depravacion. Yo pertenezco al vulgo: debo ajustar mi conducta á lo que me prescribe la sociedad en que vivo. Tú, encaramándote á esas cumbres de las ideas humanas, aun encuentras sentimientos, yo me congelaria. La vida del gran número de gentes entre las cuales me incluyo, se compone de emociones cuya necesidad experimento. Con



frecuencia un hombre de buena estrella coquetea con diez mugeres á la vez sin fiar en ninguna: además, por grande que sea su habilidad, su fuerza, su trato de mundo, sobrevienen crisis en las que se encuentra entre la espada y la pared. Estoy por la vida dulce y tranquila, poetizada constantemente por una muger.

—Lucido matrimonio, exclamó Marsay.

Pablo, sin darse por vencido, continuó:

—Rie cuanto quieras: no por eso dejaré de ser el mas feliz de los hombres cuando mi ayuda de cámara entre en mi cuarto anunciándome:—La señora os espera para almorzar. Cuando al regresar por la noche á casa encuentre un corazon...

—Demasiado hermoso, Pablo. Aun no posees la moralidad necesaria á un marido.

—...Un corazon á quien confiar mis penas y decir mis secretos. Quiero tener la suficiente intimidad con una criatura, para que nuestras afecciones no dependan de un sí ó un nó voluntarioso, de una situacion que, por hermoso que sea el hombre, robe ilusiones al amor. En fin, tengo el valor necesario para ser como has

dicho, buen esposo y buen padre. Me siento capaz de los goces de la familia y quiero estar dentro de las condiciones exigidas por la sociedad para tener esposa, hijos...

—Perfectamente. Serás un tonto toda tu vida. Conque te casas para tener una esposa. En otros términos, quieres resolver felizmente y á tu provecho el mas difícil de los problemas que presentan hoy las costumbres de la clase media, creadas por la revolucion francesa, empezando con una vida solitaria. ¿Crees que tu esposa será de tu parecer? La repugnará á ella el gran mundo tanto como á tí? Si no quieres ver realizado este programa que acabo de formular, oye un último consejo. Permanece aun soltero durante trece años, diviértete como un condenado: á los cuarenta, á tu primer ataque de gota, cástate con una viuda de edad regular: así podrás ser feliz. Si te casas con una muger jóven, morirás hidrófobo.

—¿Por qué eso? exclamó Pablo un poco amostazado.

—Querido, respondió Marsay, la sátira de Boileau contra las mugeres, es una tiramira

de derechos poetizados. ¿Por qué no han de tener defectos las mugeres? Por qué negarlas el mas propio de la humana naturaleza? También en mi opinion, el problema del matrimonio no estriba en el punto que señala el crítico. ¿Crees tú que es lo mismo el matrimonio que el amor, y que basta ser hombre para ser amado? Has acudido á tantas y tantas citas de amor tan solo para gozarte en su recuerdo? La vida de soltero conduce á un error fatal al hombre que no es profundo observador del corazón humano. Consecuencia de la rara extravagancia de nuestras costumbres, en los felices dias de su juventud, el hombre siempre es el que dá la felicidad, siempre el que triunfa de mugeres que no tienen otra voluntad que sus deseos. Los obstáculos creados por las leyes, los sentimientos y defensa natural de la muger, engendran una mutualidad de sensaciones que engaña á las gentes superficiales, pues las igualan con las relaciones del estado de matrimonio, en el que ni los obstáculos existen, ni la muger permite el amor sino que lo sufre, rechazando con frecuencia el placer en

vez de desearlo. Nuestra vida cambia completamente de aspecto entonces. El soltero, libre y nada cuidadoso, siempre es agresor, la derrota no le es temible, pues no tiene consecuencias. En el matrimonio, un tropiezo es irreparable, es el Waterloo de los maridos. Como Napoleon, el hombre casado, á pesar de innumerables victorias, vé derrumbarse su prestigio á la primera desgracia. La perseverancia y la cólera de un amante que tanto lisonjean á la muger, son llamadas en el marido brutalidad. El campo de batalla del hombre casado es invulnerable, todo le está prohibido, mientras que al soltero se le permite todo, y puede escojer un terreno favorable. Además, la lucha es inversa. La muger casada debe, lo que quizás no concede; la querida permite lo que debiera rehusar. Tú, que deseas casarte y que te casarás, ¿has pensado alguna vez en el código civil? Yo nunca he pisado las cátedras de derecho, jamás he hojeado el código, pero veo sus aplicaciones en la humanidad. No es en los libros donde debemos estudiar las enfermedades, sino en los enfermos. El código, pues, querido, pone á la

muger bajo la tutela del hombre, la considera como un menor, como un niño. Ahora, pregunto, ¿cómo se domina á los niños? Con el temor, es el único freno. Dime, pues, Pablo mio, si tú tan confiado, tan buen amigo, tan apacible, serías capaz de convertirte en tirano: tú, de quien hace poco me burlaba, pero que te aprecio aun lo suficiente para confiarte los secretos de mi ciencia. No creas que hablo en broma, todas estas máximas constituyen una ciencia que los alemanes han llamado antropología. ¡Ah! si el placer no constituyese para mí la vida, si no sintiese tan profunda antipatia hácia los que piensan en vez de obrar, si no desprecia á los tontos, bastante imbéciles, para creer en la vida de un libro, escribiría una obra sobre los matrimonios modernos, sobre la influencia del sistema cristiano; colocaría un faro sobre las agudás rocas en que descansan los partidarios del *multiplicamini* social. Pero ¿vale la humanidad lo que un cuarto de hora de mi vida? Y además, ¿no es el único empleo razonable de la tinta el cazar corazones con almibaradas cartas de amor? Nos traerás la condesa de Manerville?

—Quizás, contestó Pablo.

—Quedamos amigos, dijo Marsay.

—¿Sí...? balbuceó Pablo.

—Tranquilízate, nos portaremos bien contigo como la Maison Ronge con los ingleses en Fontenoy.

Aunque esta conversacion le conmovió, el conde de Manerville creyó de su deber el plantear sus intentos y volvió á Burdeos en el invierno del año 1821. Los gastos que hizo para restaurar y amueblar su palacio fueron dignos de la reputacion de elegante que le habia precedido. Recomendado de antemano por sus antiguos conocimientos á la sociedad legitimista de Burdeos, y á la cual pertenecia tanto por sus opiniones como por su nombre y fortuna, fué recibido como un príncipe y proclamado el rey de la moda. Su trato, sus maneras y su educacion parisiense encantaron á la aristocracia bordelesa. Una vieja marquesa se sirvió, para caracterizarle, de una frase muy usada en sus buenos tiempos para designar la juventud elegante, de buen tono, cuyas costumbres y lenguaje eran considerados como leyes: dijo

que era *la fleur des pois*. (1) La sociedad liberal recogió la palabra, usándola en són de burla y como apodo ridículo, al paso que los realistas la atendieron sériamente. Sucedióle lo que á los cómicos medianos; el dia en que el público les concede su atencion, llegan casi á ser tenidos como eminencias. Pablo desplegó todas las cualidades que permitian sus defectos: sus chanzas eran de buen tono, sus maneras no revelaban altivez, y las frases que cruzaba con las mugeres ni eran dictadas por el respeto ni inspiradas por la familiaridad; su fatuidad no traspasaba los límites de la decencia, y permitia á los jóvenes una libertad á que sabia poner coto con su esperiencia: aunque gran tirador de pistola, y muy fuerte en esgrima, su dulzura era la de una muger cuando le convenia. De mediana estatura, y regularmente grueso, estos obstáculos tan enemigos de la elegancia no impedian á su exterior el desempeño del papel de prototipo de elegancia bordelesa. Una epidérmis

(1) Algo rara nos parece la frase con que se designaba á los elegantes. Significa *flor de guisante*.

blanca realzada por los colores de la salud, hermosas manos, pié pequeño, ojos azules, sombreados por largas pestañas, cabellos negros, graciosos movimientos, una voz sonora que llegaba al corazon, todo en él armonizaba admirablemente con su apellido. Pablo era una flor delicada, que requiere cuidadoso cultivo; una flor que no podia crecer ni dejarse admirar sino en un terreno húmedo y fértil, á la que un rayo de sol demasiado vivo marchita, y el soplo del cierzo abate. Era uno de esos hombres que buscan la felicidad, incapaces de procurarla; que, como las mugeres, desean ser adivinados, enardecidos, y, en fin, uno de esos hombres en los que, en su amor conyugal, debe mediar la Providencia. Si bien es verdad que un carácter así crea algunas dificultades en la vida íntima, no es menos cierto que el mundo, la sociedad le encuentra lleno de atractivos; por esto, Pablo fué tan apreciado en el pequeño círculo de su provincia; allí su talento, aunque mediano, tuvo mejor éxito que en París. Los gastos que hizo en su palacio y en su castillo de Lanstrac, en donde introdujo el boato y co-